



"Il delitto Matteotti", de Florestano Vancini (1973): Obsérvese la muy ajustada caracterización que de Mussolini hace el actor Mario Adorf.

sino también a la respuesta dada por la oposición: una oposición dividida, debilitada tras la doble escisión sufrida por el fuerte Partido Socialista, sin una política común con la que hacer cara a la extrema derecha. Su decisión de retirarse de un Parlamento doblegado al poder ejecutivo no tuvo en realidad más que una eficacia moral, mientras se resistía a la movilización popular reclamada por Gramsci como única manera de acabar, cuando todavía era posible, con el fascismo. El momento parecía especialmente propicio para ello, pero la indecisión de la izquierda y el apoyo nuevamente prestado a Mussolini por la Monarquía, la Iglesia y los grandes propietarios industriales y agrícolas, permitieron la supervivencia del régimen. Un régimen que tuvo desde ese momento el camino despejado para destruir en Italia cualquier signo de democracia.

Por otra parte, es también de ese deseo por precisar todos los detalles, por no dejar ningún cabo suelto que pueda ayudar a entender mejor la situación, de donde le viene a "Il delitto Matteotti" su máximo defecto: el verbalismo que se extiende a menudo por la película, relegando la imagen a un segundo plano de apoyatura a la palabra, de simple vehículo de un discurso preferentemente oral. Junto a ello —y algún otro elemento de menor entidad, como la inadecuada música de Egisto Macchi—, otros factores juegan contra el film, aunque en absoluto sean imputables a éste: los pesimos subtítulos ("versión española de José Sagre"), el mal estado de la copia, y la música invasora de una "sala de juventud" cercana al local madrileño de exhibición... Circunstancias en que resulta difícil concentrarse en toda la materia de reflexión que Vancini nos propone desde "Il delitto Matteotti". ■ FERNANDO LARA.

"La mujer es un buen negocio"

La vida del crítico cinematográfico español es sufrida y dura. Cada semana hay que enfrentarse a la terrible realidad del cine español, a los retrasos o deformaciones que sufre aquí el cine extranjero, a las presiones de la censura —incluso de esta censura "predemocrática", que está ahora haciendo tantos estragos como en sus mejores años (1)—. Pero nada, sin embargo, tan insufrible como soportar estas películas españolas de las que venimos hablando últimamente, que se estrenan sin que ninguna ley lo prohíba. Ya eludí directamente un comentario a "Pasión", de Tonino Ricci, por carecer de libertad de expresión suficiente para desarrollar aquí una antología de palabras gruesas e inaudibles. La tentación aumenta esta semana cuando, tras comprobar que todos los compañeros de crítica de diarios han negado el pan y la sal a ese bodrio autocalificado de película, la publicidad, utilizando algunas frases aisladas de esas críticas, anuncia a bombo y platillo que "la polémica ha estallado". No hay polémica, señores. Sólo hay Ley de Prensa e Imprenta...

Como la hay igualmente para no comentar en sus justos términos "La mujer es un buen negocio", que dirige (?) Valerio Lazarov e interpreta (?) Manolo Escobar. Ustedes —que van al cine sólo eligiendo títulos y economizando sus 125 pesetas de local de estreno—, no pueden imaginarse cómo son estos títulos que astutamente alejan de sus consumiciones. Tampoco les acon-

(1) Tras los recientes problemas de Eloy de la Iglesia, Eduardo Manzano y Eugenio Martín aparecen ahora los de Manuel Summers y los de "Viridiana", de los que hablaremos "in extenso" en otro momento.

sejo que lo hagan; sería necesario resucitar aquel "slogan" de los curas que sugerían una película "sólo para personas muy formadas". Un descuido en esto puede acabar con ustedes.

Valerio Lazarov, ya saben, es el señor de la Televisión Española. El que hace volar y nadar a los cantantes, el que impide que se vea un ballet, el que se autoconstituye en estrella de unos programas que, al margen de su posible interés, tienen ya otras "estrellas" (las que cantan y bailan). Se ha improvisado como director de cine este señor de la Televisión. Y partiendo de una "idea" (?) de Tono y de un guión (?) de Alfonso Paso, Salvia y el propio Tono (¿de verdad que han trabajado tres personas en esta historia?), ha retratado —que no construido— unas situaciones que mal pegadas unas tras otras cubren la duración de lo que en otros casos se llama película. Valerio Lazarov ignora lo que es rodar cine (y no me meto en si lo sabe o no hacer en Televisión, que no me importa), pero lo ignora a unos niveles (que se dice) que llegan a asustar. La película no se entiende, no se sabe de qué va (resulta incluso que mejorando la estadística de otras películas españolas en la que aparecen putas vírgenes, aquí hay hasta vírgenes madres, lo que ya es). Absolutamente ninguna situación tiene que ver con otra, nada de lo que se dice en un plano se refiere a otro de la misma película (?); resulta, en fin, que esta "La mujer es un buen negocio" (título incluso que, como habrán comprendido, no se refiere a ningún elemento de la película en cuestión) es un claro ejemplo de lo que podría llamarse el cine del subdesarrollo en su sentido más primitivo; sólo conozco algunas películas hindúes que pueden parecerse a

este engendro. Es prácticamente imposible encontrar en un país europeo productos como éste; decía hace tiempo un compañero de estas lides refiriéndose a otra película española: "No es que esté mal hecha; es que no está hecha". La frase es ejemplar para "La mujer es un buen negocio". No está hecha, no existe, no es nada. Sólo son verdad los veinticinco duros que cobran por entrar. ■ DIEGO GALAN.

"El último deber"

Una especie de "Cuerda de presos" a la americana tenía que diferir no ya de la novela de Tomás Salvador, sino de la película que sobre ella rodó en su día Pedro Lazaga. Lo que en la película española no era más que "spot" publicitario sobre la capacidad de sacrificio de la Benemérita, en "El último deber" (donde se repite la acción: dos soldados deben conducir a otro durante un largo trayecto a una prisión), la acción dramática se vuelca fundamentalmente en el contacto de estos tres hombres que anteriormente no se conocían y que, a pesar de las apariencias, se encuentran situados en el mismo escalafón: los tres son víctimas de un absurdo burocrático y autoritario, y cada uno de ellos habrá inventado una fórmula (ingenua e insuficiente) para superar su situación.

Lo que en la película de Lazaga se eludía desgraciadamente, aquí forma el núcleo fundamental. Y sin que llegue a transformarse en una crítica dura de las estructuras militares que los tres sufren (o de cualquier estructura jerarquizada que obliga a unos hombres a realizarse mecánicamente, "El último deber" apunta suficientes datos como para con-



"El último deber", de Hal Asby.